Sobre el sentido y la utilidad de la historia de la Medicina

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Facultad de Medicina. MADRID.

TEMA viejo y constante en la cultura occidental, éste de la utilidad y el sentido del conocimiento de la Historia. Desde Tucídides y Cicerón, en el mundo antiguo, hasta Nietzsche, Valéry y Ortega, en el más inmediato ayer, todas las opiniones han sido vertidas; desde aquellas que hacen del conocimiento histórico una suerte de férula para el buen crecimiento espiritual de los hombres y los pueblos—el ciceroniano *Historia vitae magistra*—hasta las de quienes, seducidos por una encandilada estimación del puro presente—tal la del «presencialista» Valéry—, declaran ser puro y deletéreo narcisismo mental la exploración morosa del pasado.

Más o menos directa y expresamente influída por una de esas opiniones, la que en todo el Occidente difundió el positivismo de Augusto Comte, los médicos de los siglos XIX y XX han solido mirar con despego, cuando no con irónica aversión, el conocimiento de la historia de su propia disciplina. Entre los intelectualmente menos ambiciosos, los puros técnicos repetidores de técnicas que otros inventaron, porque el saber histórico no parece añadir perfección alguna a la ejecución correcta de las operaciones manuales, instrumentales y mentales—la percusión, la auscultación, la inducción diferencial, la gastrectomía, etc.—en que de ordinario consiste la práctica del diagnóstico y del tratamiento. Y entre aquellos cuya ambición intelectual es patente—los profesores bien informados, los investigadores—, porque ha prevalecido la idea de que la obra de la inteligencia humana fué puro mito o inútil construcción *a priori* antes de que las mentes de los hombres de ciencia, indeliberadamente en unos casos, consciente y reflexivamente en otros, llegaran a ser guiadas por los principios y las orientaciones del método experimental y positivo. «Historia, ¿para qué?»; tal es la interrogación tópica en la actitud o en los labios de los médicos que a sí mismos se consideran «serios» y «científicos». El saber histórico a que éstos importa no rebasaría los límites del que constituye la bibliografía que suele acompañar a las publicaciones de las revistas científicas; a lo sumo, los dos o tres decenios anteriores a la confección del trabajo en cuestión. Lo demás, lo que acerca de ese tema o de otros más o menos próximos hayan podido decir Hipócrates, Galeno, Avicena, Paracelso, e incluso Sydenham, Boerhaave o Albrecht von Haller, no pasaría de ser vaga y amena literatura, buena, en el mejor de los casos, para lucimiento de quien sea capaz de exhibirla a la hora «poco seria» de la sobremesa o de la tertulia.

¿Es así? La sentencia de «inutilidad»—acaso la más grave de cuantas puede formular el judicial espíritu del hombre moderno—, ¿deberá caer resuelta e inexorablemente sobre el conocimiento de la historia de la Medicina? Quienes académica o vocacionalmente hacen de esta disciplina la ocupación principal de su vida, ¿habrán de resignarse a vivir en el mundo científico *de trop pour l'éternité*, para decirlo con la tan difundida expresión sartriana?

Como en todas sus tareas, la inteligencia responsable debe comenzar, frente a ésta, distinguiendo los diversos sentidos posibles del término «utilidad». Si sólo se reputa «útil» lo que proporciona contante y sonante lucro material o concreta habilidad técnica, habrá que afirmar sin reservas que ese juicio negativo respecto del saber histórico del terapeuta tiene, como suele decirse, toda la razón. Para quien considere el ejercicio de la Medicina sólo como una profesión más o menos lucrativa o como la mera ejecución habitual y más o menos correcta de técnicas diagnósticas y terapéuticas perfectamente regladas, la historia del saber médico será, sin el menor género de duda, pura inutilidad. ¿Podrá pensar lo mismo el médico—más genéricamente: el hombre—que en cuanto médico y en cuanto hombre aspire a poseer en mayor o menor medida esa perfección del espíritu a que solemos dar el amplio y expresivo nombre de «cultura»? Independientemente de la fruición que su lectura pueda producir, ¿no es cierto que un diálogo de Platón, el *Quijote* y un poema de Antonio Machado poseen alguna «utilidad» para quien se proponga ser, además de buen técnico, «hombre culto»? ¿No es cierto que esas lecturas son «útiles», valga la expresión, para levantar el nivel de la condición humana, o, si se quiere, para hacer que el hombre sea «más hombre», más perfecto poseedor de ese genérico y personal modo de ser que los hispanohablantes designamos con el término de «hombredad»?

Pues bien: para quienes como médicos no se contenten con ser simples «técnicos repetidores de técnicas», para cuantos aspiren a poseer en su persona la doble perfección del «hombre culto» y del «técnico intelectualmente ambicioso»—con otras palabras: para los médicos deseosos de buena información intelectual o francamente vocados a la investigación—, he aquí el elenco de las principales razones por las cuales posee alguna «utilidad» el conocimiento de la historia de la Medicina:

1.º Ese conocimiento otorga, en primer término, *dignidad intelectual*. No parece ilícito afirmar que la formación histórica en el campo de su propia dis-

ciplina concede al médico, en cuanto tal médico, esa a la vez básica y cimera nobleza que la lengua popular castellana suele llamar «buena nacencia» o condición de «hombre bien nacido». ¿Quién es, en efecto, «bien nacido»? No simplemente el que tiene origen noble, sino, de modo más amplio y hondo, quien deliberada, consciente y agradecidamente quiere y sabe asumir en su propia vida lo mejor de cuando hubo en las de aquellos de quienes como hombre procede.

Imaginemos el caso de un buen técnico de la auscultación. Si ese médico, además de saber auscultar, sabe con agradecimiento quién fué Laennec y qué hizo para inventar la auscultación mediata, y por qué y cómo hizo eso que hizo, se elevará sólo con esto a la decorosa condición de médico y hombre «bien nacido». Procediendo de otro modo, será un rudo logrero de la técnica, un sujeto que explota en beneficio suyo la decisiva invención de Laennec sin haber tributado a éste el mínimo homenaje a que por su preciosa hazaña científica tiene derecho: ese homenaje que rinden, respecto del creador de algo, quienes se acercan a él con voluntad de conocimiento y de reconocimiento. Y lo que se dice de una invención técnica—llámese ésta termometría clínica, auscultación mediata o seroaglutinación—, con el mismo derecho puede y debe decirse de las invenciones intelectuales que la Historia ha revelado ser orientadoras y fecundas; por ejemplo, el esquema etiológico de Galeno, el concepto de «especie morbosa» o la anatomía comparada de los morfólogos «idealistas».

2.º La frecuentación de la historia de la Medicina regala al médico, por otra parte, *claridad intelectual* y hasta «claridad» a secas, esa a que los viejos escritores de nuestra lengua aluden cuando dan a un hombre el título de «claro varón». En efecto: desde un punto de vista moral, y a éste es al que suele referirse la expresión castiza, la claridad del «claro varón» consiste en ejecutar, viviéndolas como propias, hazañas a la vez ejemplares y brillantes. Conviene no olvidar, sin embargo, que junto a ésta de carácter moral, más aún, dentro de ella, hay y tiene que haber siempre, como parte integral suya, una claridad de índole intelectual, la que discierne el hecho de conocer y poseer lúcidamente la razón de ser y el sentido de aquello que se hace, así en orden a la vida personal como desde el punto de vista de vida humana *in genere*. ¿Podría darse acaso el título de «claro varón» al inconsciente y al atolondrado, por esforzadas que parecieran ser las hazañas por él cumplidas?

Apliquemos estas esquemáticas ideas al caso del médico, mediante la consideración de un ejemplo trivial. Diagnosticar correctamente una estenosis mitral puede ser en ocasiones una módica hazaña asistencial y técnica. Pues bien: tal hazaña convertirá en «claro varón» al médico que la cumple, concederá a éste claridad intelectual, cuando sea realizada con un conocimiento cierto y preciso de lo que históricamente es y significa la mentalidad anatomoclínica; esto es, la empresa histórica que sucesivamente han llevado a término—valgan como hitos indicadores estos pocos nombres—Lancisi, Albertini, Morgagni, Bichat, Corvisart, Bayle, Laennec y Bright. Ejecutar con alguna perfección un empeño técnico cualquiera es, a la postre, resolver personalmente un problema intelectual; y la claridad que de suyo irradia el hecho de resolverlo, llega a su máximo cuando se conoce con rigor la historia de ese problema. He aquí, pues, una tarea ineludible de los historiadores de la Medicina, si éstos quieren que su disciplina sea considera como «útil» por parte de los médicos intelectualmente ambiciosos: construir y exponer sugestivamente la historia de los problemas fundamentales del arte de curar, desde los morfológicos y fisiológicos hasta los médico-sociales.

3.º Tercer fruto principal del saber histórico, sea o no sea médico su carácter, es la *libertad intelectual*. Conocer la Historia de un modo comprensivo y no puramente memorístico da libertad a la mente respecto de aquello que se sabe, y tal es una de las más profundas razones que justifican el cultivo de ese conocimiento.

¿Acaso no es así? Hay, en efecto, saberes «obligantes»: son aquellos en los cuales la mente humana se siente forzada al aserto en que ellos consisten. Saber, por ejemplo, que dos más dos son cuatro, es verse obligado necesariamente a pasar del primero al segundo de los términos de esa sencilla igualdad. Con las restricciones que Boutroux impondría—recuérdese su célebre Memoria sobre «la contingencia de las leyes de la Naturaleza»— lo mismo cabría decir de la ley de la caída de los graves y de las ecuaciones del campo electromagnética

Pero junto a estos saberes—y en cierto modo sobre ellos—existen otros en el *globus intellectualis* del espíritu humano, a los que conviene el nombre de saberes «liberadores». Son aquellos en los cuales la mente se siente liberada de aceptar como necesaria la proposición de aquello que se sabe; y apenas será necesario decir que entre ellos son precisamente los de carácter histórico los que más clara y enérgicamente cumplen esta sutil faena de liberación espiritual. Quien sin formación ni perspectiva históricas aprende las nociones científicas correspondiendo a la situación en que él existe y se educa, con gran facilidad caerá en la tentación de considerarlas incuestionablemente ciertas y definitivas. Pero si ha sido enseñado a contemplar cómo las «teorías» y los «sistemas» nacen y pasan en el curso de la Historia, aprenderá a aceptar sin dogmatismo y, por tanto, con íntima libertad intelectual, lo que de ninguna manera puede ser elevado a la condición de dogma. La Historia, el saber histórico, es el recurso supremo para conseguir aquel sano «antidogmatismo» que tan oportuna y certeramente propuso a los médicos Gregorio Marañón como antídoto contra la tiranía de los «sistemas».

No se postula con ello un relativismo gnoseológico radical; no se afirma que la mente del hombre no puede conquistar nociones, principios o axiomas de validez inmutable. Pero sí se evita, y no es poco, la atribución de un carácter obligante y definitivo las construcciones científicas—o seudocientíficas—de los doctrinarios de la Medicina, llámense tales construcciones «brownismo», como a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, «virchowismo», como en la segunda mitad de la pasada centuria, o «teoría reflexológica», como en los decenios centrales de la nuestra.

El médico sin formación histórica se hallará a veces en grave riesgo de formular, frente a un aspecto cualquiera de la realidad, una de las varias expresiones con que la mente del hombre manifiesta la peligrosa tentación hacia la tiranía lógica que en ella late: «Esto no es más que...», «O esto, o lo otro», u otras semejantes. Frente a los dogmáticos y a los sistematizadores a ultranza—sólo cuando incurren en pretensión de dogmatismo son condenables el *esprit de système* y el *esprit systématique*, tendencias ineludibles del espíritu humano—el hombre educado en la recta comprensión de la Historia dirá siempre, en cambio, con libertad y con razón, las tan repetidas y salvadoras palabras de Hamlet: «Hay más cosas en los cielos y en la tierra, Horacio, de las que enseña tu filosofía.»

4.º La formación histórica concede al hombre de ciencia, por último, cierta *opción a la originalidad.* Sólo el hecho de mostrarle el carácter provisional y movedizo del suelo histórico que pisa—con otras palabras: sólo esa libertad intelectual a que el apartado anterior se refiere—moverá frecuentemente al hombre de ciencia, médico o no, a buscar saberes menos inseguros o más íntimamente satisfactorios que aquellos de cuya validez duda. Mas no sólo por esta vía es capaz de incitar hacia la originalidad el saber histórico. Junto a ella hay otras tres, que sumariamente conviene nombrar y describir.

La familiaridad con la historia de un saber suscita en el ánimo de quien la posee, siempre que este ánimo sea sensible y ambicioso, cierta *voluntad de emulación.* «¿Por qué yo—se pregunta entonces el hombre—no he de ser capaz de hacer por mí mismo y en mi situación lo que en la suya hicieron los protagonistas de la historia de esto que yo sé?» Así se encendió en el alma de Vesalio su decisión de rivalizar con Galeno en orden al saber anatómico, y aun de superarlo, según lo que el gran anatomista bruselés cuenta de sí mismo en el prólogo a su *Fabrica.* Y con intención a la vez autobiográfica y educativa, eso mismo viene a decirnos Ramón y Cajal cuando en *Reglas y consejos para la investigación biológica* expone su idea de lo que debe ser la lectura de un texto científico innovador y magistral.

Menos «personal», en el sentido tópico de esta palabra, pero no menos eficaz que la voluntad de emulación antes mencionada, es el propósito de *invención completiva* que el conocimiento de la historia de un determinado saber despierta en las mentes alertadas y generosas. «Saber lo que se hizo» —no otra cosa es, en esencia, el fruto de la información histórica—supone siempre, cuando la inteligencia no es meramente receptiva, saber o sospechar lo que pudo hacerse y no se hizo, porque nadie es capaz de agotar las posibilidades de creación original que su propia situación le brinda. Como anatomopatólogos de la inflamación — valga este ejemplo—, Virchow y Cohnheim hicieron mucho, pero no todo lo que ellos mismos hubieran podido hacer; por lo cual, leyendo con mente a la vez «científica» e «histórica» lo que uno y otro escribieron, no será improbable que en la mente del lector surja un proyecto de investigación original enderezado a «completar inventivamente» lo que Virchow y Cohnheim hicieron. Y lo que se dice de ellos no será difícil aplicarlo a todos los posibles descubridores de hechos y creadores de teorías.

La lectura de los textos científicos del pasado conducirá a veces, en fin, al *recuerdo de lo olvidado.* Por extraño que parezca, los hombres olvidan con frecuencia hallazgos científicos importantes, aunque de ellos haya quedado constancia escrita; y cuando esto acontece, una indagación atenta de los textos del pasado permitirá conquistar a poca costa dignidad de «inventor». Suponiendo que entonces hubiese sido posible, la exploración de los manuscritos árabes de El Cairo durante el siglo XV—entre ellos estaba el de Ibn-an-Nafis que contiene la primera descripción de la circulación menor—habría permitido adelantarse en cien años, sólo por la vía de la investigación histórica, al descubrimiento que por el camino de la observación anatómica hizo más tarde Miguel Serveto. Otro tanto cabe decir de la auscultación inmediata del tórax, conocida, sin duda alguna, por los asclepíadas hipocráticos, según el testimonio del escrito *de morbis,* y totalmente olvidada hasta que en los primeros años del siglo XIX Corvisart, Bayle y Laennec comienzan otra vez a practicarla. Ni siquiera es preciso ir tan lejos. Hoy, cuando la bibliografía de los trabajos que aparecen en las revistas científicas sólo suele referirse a los diez o quince años anteriores a la fecha de publicación, tengo por seguro que un examen minucioso de las colecciones de las revistas europeas y americanas publicadas entre 1870 y 1930 conducirá a «descubrir» hechos e ideas que desde entonces han desaparecido de la memoria de los médicos.

Dignidad, claridad, libertad y opción a la originalidad personal: tal es el balance de la «utilidad» de la historia de la Medicina, cuando seria y decorosamente se la estudia y cultiva. El recuerdo, dijo certera y donosamente Ortega y Gasset, es la carrerilla que el hombre toma para saltar hacia adelante en la ejecución de sus proyectos. El hombre recuerda el pasado para lanzarse hacia el futuro. Ampliando al orden de la vida colectiva la validez indudable de esa sentencia, bien puede decirse que la Historia—el saber histórico—es un recuerdo al servicio de una esperanza. Cuanto más profunda y articulada, cuanto menos gratuita y ligera sea la esperanza, tanto más hondo y pormenorizado habrá de ser el conocimiento del pasado. El hecho de ser médico no constituye una excepción a esa regla áurea de la existencia de los hombres en el tiempo.